

Chiapas: Testimonio del México insurgente

Alejandro Mendible

México es hoy un país distinto al de los años de la Revolución a principios de siglo. En la actualidad cuenta con una población de más de 84 millones de habitantes viviendo en un área de 1.958.200 km². Durante las últimas décadas ha experimentado un cambio estructural vertiginoso pasando de país rural a urbano, en la misma medida en que su población ha crecido más de cuatro veces durante los últimos 50 años. Sin embargo, todavía no es un país homogéneo y predomina en él la diversidad. De allí que no resulta una mera expresión afirmar: no existe un sólo México, sino varios.

En el sentido geográfico es un país fracturado entre el norte relativamente moderno, próspero, integrado a la economía mundial y un sur andrajoso, oprimido, retrasado. Precisamente, en el sur se encuentra el estado de Chiapas, uno de los más deprimidos del país. De sus tres millones y medio de habitantes la mitad se sigue ocupando en el sector primario, contra el 22% nacional; una tercera parte de sus viviendas carece de luz y 40% de agua potable; la tasa de analfabetismo es muy alta y el ingreso per cápita muy bajo. En las estadísticas nacionales su mayor riqueza se encuentra en la mortalidad infantil. En Chiapas se muestra hoy el México insurgente. En el sentido social México es un país dividido por las desigualdades. Según datos del Banco Mundial 32 de los 84 millones de sus habitantes viven en la pobreza, 15 mil personas mueren todos los años de diarreas y sarampión y 15 millones de niños tienen que trabajar por su subsistencia. En el plano económico, el alarmante desequilibrio externo ejemplificado por una deuda externa que alcanza los 130.000 millones de dólares incide en toda su estructura económica y merma su capacidad de desarrollo independiente.

México es un país dividido entre pueblos diferentes: los mestizos que han dominado la política proyectando su imagen, y los indígenas sistemáticamente discriminados. El indio cuenta en el contexto nacional, por su pasado testimonial de aproxima-

damente 20 mil años de civilización y por sus 500 años de resistencia. La lucha indígena resurge hoy con violencia en el conflicto de Chiapas colocando el problema del indio en el centro de la discusión nacional.

EVOLUCION DEL MEXICO INSURGENTE

Del diálogo mortal que iniciaron Cuauhtémoc y Hernán Cortés surge el México insurgente. La implantación colonial comienza con el primer virrey en 1523, Antonio de Mendoza. En Nueva España, nombre adquirido por México en el período colonial, en el siglo XVII se definieron las principales estructuras económicas. Surgió la hacienda como unidad productiva básica y la minería se convirtió en el centro de la economía, exportando oro y plata para la metrópoli. Los estudiosos del período señalan que se creó una sociedad de «mucha riqueza y máxima pobreza». La cual se manifestó con cruda violencia durante la insurgencia de la Independencia.

Después de la Independencia, durante el siglo XIX, el proceso evolutivo se orientó hacia dos objetivos: la consecución de un sistema político estable y la defensa territorial. En la búsqueda del nuevo orden político el fiel osciló por algún tiempo entre el sistema monárquico y el republicano. En el primero destacan los períodos de Agustín de Iturbide y en especial el de Maximiliano con apoyo de los franceses. En el segundo descuellan la actuación del prócer Morelos, la discutida gestión del general Santa Anna y finalmente el largo período dictatorial de Porfirio Díaz, quien de manera férrea logra implantar el estado liberal, sofocando los fuegos del México insurgente por 34 años.

Durante el porfiriato se benefició una élite nativa, el país abrió sus puertas y se modernizó la economía. Pero al mismo tiempo se fortaleció el latifundio hasta el punto de que el 95% de los campesinos se encontraban sin tierras y un pequeño nú-

mero de familias poseían grandes haciendas como La Garza con 11 millones de hectáreas o en la Baja California con más de 13 millones.

Por otra parte, la defensa territorial contra el expansionismo usurpador de los Estados Unidos marcó la conciencia nacional. Entre 1836 y 1848 la pérdida de Texas y de más de la mitad de su territorio hizo famosa la expresión de «pobre México, tan cerca de los Estados Unidos y tan lejos de Dios». Fue el primer país latinoamericano penetrado por las acciones terrofágicas del «destino manifiesto» de los Estados Unidos y también donde se experimentaron sus primeros ensayos imperialistas que posteriormente fueron adoptando como sus lineamientos de política exterior para el resto de América Latina: considerándola su patio trasero. En gran medida, lo anterior cuenta en la formación del acendrado espíritu nacionalista presente en el pueblo mexicano. Ergo, este nacionalismo resurge hoy con violencia en Chiapas para oponerse contra las nuevas modalidades de conquista asumida por el capitalismo norteamericano que adopta nuevo ropaje: el de neoliberalismo, «adornado» a partir de este año con el Tratado de Libre Comercio (NAFTA).

En la primera década del siglo se produce la Revolución. El movimiento se presenta como un violento rechazo al pasado. En lo formal, la revolución se inicia en las elecciones de 1910, cuando Francisco Madero se presenta en la contienda contra el sempiterno continuismo de Díaz. Madero entusiasma y moviliza al pueblo mexicano con la consigna de «sufragio efectivo y no reelección». Además, en lo personal, recoge la tradición del liberalismo y expresaba el deseo por las reformas, el cambio y el desarrollo.

Pero una vez en el gobierno fue traicionado y asesinado por el general Victoriano Huerta, quien trató de imponer una vuelta al pasado mediante un gobierno reaccionario. Esta situación fue el detonante para la ignición popular. En el campo de la Revolución sobresale el general Venustiano Carranza constituyéndose en el «Primer Jefe del Ejército Constitucionalista». El proceso de violencia continúa, y surge en comando el general Alvaro Obregón que impulsa medidas populares: reparte 3 millones de hectáreas entre los campesinos. Obregón es sucedido por el general Plutarco Calles, quien se transforma en el «Jefe Máximo» y da muestras de personalismo mediante prácticas dictatoriales. Hay coincidencia entre

los historiadores en señalar que el proceso revolucionario alcanza su momento culminante durante el gobierno de Lázaro Cárdenas entre 1934 y 1940.

Cardenas entiende la importancia de las fuerzas potenciales del nacionalismo económico. Durante su administración se destacan como lineamientos fundamentales la Reforma Agraria, la racionalización económica, la consolidación del movimiento obrero y campesino, así como acertadas medidas de reforma popular en las áreas de educación, salud y legislación laboral.

Después de Cárdenas gradualmente se fue operando un proceso de institucionalización que en la práctica fue cosificando la revolución. Las administraciones de Avila Camacho, Miguel Alemán, José López Portillo y las siguientes contribuyeron a edificar un sistema semidictatorial dominado por un monopartidismo altamente manipulador de las aspiraciones populares mediante procedimientos populistas. Muestras de la escalada hacia el autoritarismo aparecen en 1956, cuando se ocupa con procedimiento militar el Instituto

Politécnico Nacional, en 1959 en la huelga de los ferrocarrileros, y de manera marcante en 1968, año de las olimpiadas, cuando se produce la bochornosa matanza de Tlatelolco.

Sobre este último episodio sangriento, ocurrido bajo el gobierno de Gustavo Díaz Ordaz, un testigo calificado refiere el diálogo sostenido entre el licenciado Alfonso Corona del Rosal, funcionario de menor rango, y el secretario de Gobernación Luis Echeverría: Corona, después de argumentar la petición de los estudiantes para realizar una reunión pacífica, para lo cual daban garantías, recibe la respuesta de Echeverría, quien de modo enérgico y desafiante le contestó: «No, don Rodolfo: ¡Palo, palo, palo!». Después la historia es bien conocida: sobre la sangre derramada de los estudiantes, Echeverría gana la confianza de Ordaz, el gran elector, y se convierte en el próximo presidente.

Los analistas coinciden en señalar que la actuación del PRI (partido único), abrogándose los postulados de la Revolución, fue progresivamente asfixiando las aspiraciones populares. Daniel Cosío Villegas señala que el impulso de la Revolución se orientó más para destruir el pasado que para construir el futuro. Carlos Fuentes, en su conocida novela «La muerte de Artemio Cruz», describe a través del personaje central el progresivo alejamiento de los postulados de la revolución y su reciente usufructo por los nuevos magnates. Para Octavio Paz el llamado período institucional surgido con la fundación del Partido Revolucionario Mexicano en 1930 extingue el proceso anterior al entronizar en el poder a



políticos profesionales pertenecientes a la clase media que van formando una extraña pero no infrecuente amalgama de políticos y tecnócratas. Y para González Casanova, en el actual sistema político imperante en México, dominan el verticalismo, el corporativismo, el presidencialismo y un pluripartidismo débil.

Las anteriores consideraciones desde hace tiempo ya eran sentidas por el pueblo, como lo demuestra el popular corrido, «Juan sin tierra», que pone en evidencia la insatisfacción de las clases populares: «Dijo Emiliano Zapata: / 'quiero Tierra y Libertad' / y el gobierno se reía / cuando lo iban a enterrar».

El actual gobierno de Salinas de Gortari se ha empeñado, mediante la propaganda oficial, en exportar una imagen de un México pacificado, seguro para la inversión extranjera y apto para el ingreso del primer mundo. Pero, la insurrección surgida en el estado de Chiapas parece haberle «quitado

los pantalones» a dichas pretensiones dejando al descubierto la existencia de un México insurgente.

LA IGLESIA INSERTADA AL MEXICO INSURGENTE

México presenta una historia bastante singular que puede ser detectada a través de dos de sus principales instituciones: La Iglesia y el Ejército. Después de un largo recorrido juntas, donde rivalizaron para convalidar el poder vigente, se van alejando en el presente siglo para ubicarse hoy en posiciones antagónicas. Mientras el Ejército se presenta como el gran aliado del estado y del status quo vigente, la Iglesia surge como vocero representativo de la nación y de los sectores oprimidos.

Al terminar la conquista los ejércitos aztecas fueron licenciados para implantar el orden colonial. La Iglesia contribuyó a la dominación del indígena mediante la acción evangelizadora. Las órdenes de los franciscanos y de los jesuitas fueron las más importantes. En particular los se-

gundos, quienes en 1581 lograron extender su acción misional hasta la provincia de Filipinas. Además de la acción misional, se destacaron en la docencia. La orden aumentó hasta llegar a los 693 miembros, en vísperas de su expulsión, en 1767. Pero fueron adversados por sus «pretendidas riquezas» obtenidas de la adquisición de perlas en las misiones de California y de minas ocultas que se dice explotaban en Sonora. Para el momento de su salida habían construido una red importantes de colegios en Zapateca, Guanajuato, León, San Luis de Potosí, Veracruz, Chiapas, y otros lugares, los cuales, quedaron en el abandono.

Durante el período de dominación española destaca la actuación de Fray Bartolomé de las Casas, quien en 1542 escribió la «Brevisima relación de la destrucción de las Indias», dando origen a la «leyenda negra». Asimismo, Fray Bernardino de Sahagún, quien escribía la «Historia general de las

cosas de Nueva España», y Fray Vasco de Quiroga, obispo de Michoacán y Oidor Principal, quien decretó desde este puesto la pena de muerte para quien herrase y esclavizase a un indio.

En 1810, según fuentes confiables, había cerca de 9.439 sacerdotes, religiosos y monjas para 6 millones de habitantes, 1 por cada 630 habitantes. La crisis del orden colonial motivó la incorporación de la iglesia en la tarea nacional de formar un ejército de liberación. La acción mancomunada se puede observar en 1811, cuando el sacerdote y Párroco de Dolores, Miguel Hidalgo y Costilla da el primer «grito» de independencia, seguido en 1815 por el también sacerdote José María Morelos. Estos próceres contribuyeron en la formación de una guerrilla mestiza.

Durante el siglo XIX se acentuó la relación entre el latifundio y los poderes militares y eclesiásticos. Pero el desprestigio militar se manifestó por la derrota sufrida contra los Estados Unidos, mientras la Iglesia fue combatida en 1857 por su apoyo a la guerra de Reforma en contra de los intentos de República Liberal. Pero después de 1876 se establece la paz porfiriana que nuevamente unifica el poder militar con el civil.

Con la Revolución se empiezan a operar la separación entre la Iglesia y el Ejército. La Constitución de 1917, en su artículo 130, recoge el sentimiento anticlerical. A la Iglesia le fue negada su personalidad jurídica, los sacerdotes no podían poseer propiedades, el estado limitaba el número de sacerdotes por ley, no se permitían sacerdotes extranjeros, éstos no tenían derecho al voto, ni podían tener cargos públicos, se les prohibía criticar al gobierno, y la Iglesia no podía participar en la educación primaria. Con el general Plutarco Elías Calles se manifiesta el odio anticlerical. A esta altura el Ejército empezó a convertirse en un eslabón importante del status. Los militares ganan el derecho a votar y ser elegidos como individuos, iniciándose un maridaje entre la cúpula militar y la política mientras la eclesiástica queda excluida.

En la administración de Calles el anticlericalismo da origen a la reacción de los católicos, que al grito de «¡Viva Cristo Rey!, ¡Viva la Virgen de Guadalupe!, ¡Viva México!» inician la Revolución Cristera que se prolonga hasta 1932. En el campo de los cristeros no todos los integrantes eran idealistas puros. Además del sentimiento religioso, movía a muchos el deseo de vender la expropiación de sus tierras. Se esti-

man en 80 mil muertos el saldo del conflicto, más que los desaparecidos con motivo de la caída de Porfirio Díaz. Durante la contienda fueron fusilados prominentes católicos como por ejemplo los hermanos Pro Juárez.

Las relaciones entre el estado mexicano y el Vaticano se mantuvieron cortadas hasta 1993, cuando el presidente Gortari decide otorgar personalidad jurídica a la Iglesia y restablecer las relaciones. Pero, en junio se produce el asesinato del Cardenal Posadas Ocampo (en el aeropuerto de Guanajuato en extrañas circunstancias después de que había denunciado la intromisión del narcotráfico en los tenáculos de poder. La muerte del cardenal por los sicarios despierta una enorme reacción nacional y en julio aparece el documento de «Instrucción pastoral sobre la violencia y la paz», donde se acusa a «funcionarios públicos y militares de estar ligados al narcotráfico».

Las reacciones en Chiapas son importantes de señalar en función de comprender la actual posición de la Iglesia en el conflicto en curso. La controversia sobre la corrupción imperante en el sistema político nacional determinó la confrontación entre el general Miguel Godí y el Obispo Samuel Ruiz. Ruiz es un obispo sesentón de San Cristóbal de las Casas, es un auténtico mito, una leyenda viva que desde hace casi 20 años predica los postulados de la teología de la liberación y la Iglesia de los pobres. Tras recibir el apoyo de toda la Conferencia Episcopal Mexicana, Ruiz se mueve por las montañas, las ciudades y las selvas de Chiapas con la seguridad de contar con el apoyo de la inmensa mayoría de la población. La Iglesia ha llegado a zonas donde nunca pisaron ni las autoridades civiles ni militares. Consecuentemente, los voceros de la Iglesia al surgir la rebelión de los indios en la región, tenían el poder moral incuestionable para convertirse en mediadores ante el avance punitivo del Ejército.

EL RENACIMIENTO DE EMILIANO ZAPATA

El indio y revolucionario Emiliano Zapata nació en Ayala cerca de Morelos en 1883, alcanzó en vida la posición de General en Jefe del Ejército Libertador del Sur y del Centro de México y murió asesinado en 1919. Para entrar en la contienda elabora, en 1911, el Plan de Ayala, donde formula la histórica consigna de «Tierra y Libertad». En octubre de 1913 en su «Manifiesto a la

nación» establece un diagnóstico donde señala: «La nación mexicana es demasiado rica. Su riqueza, aunque virgen, es decir, todavía no explotada, consiste en la agricultura y la minería. Pero esa riqueza, ese caudal de oro inagotable perteneciendo a más de quince millones de habitantes, se halla en manos de unos cuantos miles de capitalistas y de ellos una gran parte no son mexicanos». Zapata dio siempre muestras de no arriar las banderas ni cejar un instante en la lucha popular y para muchos de sus seguidores nunca murió.

En 1994, resurge el nombre de Zapata en el movimiento de los indígenas en Chiapas. En esta oportunidad sus seguidores afirman: «Aprendimos de las luchas de resistencia indígena a todo lo largo de la historia de nuestro país». Durante ese largo período, como señala el escritor Abel Posse, «los Mayas, los hombres del estar cósmico, se refugiaron del progreso, de la vacuna, de la instrucción pública, de la democracia blanca y de la máquina de vapor, en el interior de la selva». Allí han permanecido confinados hasta hoy, cuando agredidos por la prepotencia de la cultura occidental, de hacer prevalecer sus patrones a escala mundial, pretendiendo sustituir a Kukulcan por el ratón Mickey y la cena ritual por el Fast Food y la Pizza Hut, se han movido en una acción insurreccional. Demuestran su cansancio de seguir siendo «un Cristo clavado en una cruz de abuso».

A partir del primero de enero una corriente de simpatía con la causa del EZLN se expande por los pueblos de América Latina y del mundo. Algunos analistas ven en el hecho un resurgimiento de una nueva izquierda que ha hecho retroceder el triunfalismo del presidente Salinas de Gortari haciéndolo transigir ante sus demandas. En buena medida esta posición se debe a la proximidad de las elecciones presidenciales que aumentan la presión sobre el gobierno y el sistema político todavía manipulado por el PRI para minimizar el conflicto. En la actualidad se ha aceptado una agenda donde destacan la solución del problema agrario, estimándose unas 200.000 familias sin acceso a la tierra, y el mejoramiento de la infraestructura de las comunidades indígenas. En la actualidad se habla de una ley de amnistía para los rebeldes y de respetarles un sistema separatista que preserve su derecho al autogobierno. Zapata está vivo y lo seguirá estando, mientras no se cumplan los reclamos de justicia y democracia.